

Mecus [Américo Agorio], “Su majestad la coima”

El Diario, 22 de setiembre de 1934, p. 3.

Henry Ford, no se ha limitado, como podrían creerlo muchos, a fabricar automóviles. No señor, ha escrito libros. Claro que los libros de Henry Ford, no han alcanzado el tiraje de sus autos. Eso no quiere decir que los libros de Henry Ford, sean peores que sus autos: es que, sencillamente, son libros.

En principio la gente no cree en los industriales que escriben y generalmente prefieren un auto a un libro. El auto viste mucho más en estas épocas. Antaño, cuando aún la juventud suspiraba con Becquer y rugía con Hugo, un libro debajo el brazo era una credencial. Hoy, la credencial es un auto debajo las asentaderas...

Estamos seguros de que ningún propietario de un Ford, conoce el libro de Ford. Nosotros que hemos perdido la esperanza de poseer un Ford, aunque sea de tercera mano, leímos el libro de Ford. Y no estamos arrepentidos: hemos descubierto que un industrial puede ser tan apasionado como un apóstol: Ford trata de disimularlo, en su "Judío Internacional", pero no lo logra.

Nosotros no estamos de acuerdo con Ford, cuando afirma que el capital es un peligro en manos judías. Tenemos nuestro propio concepto acerca del capital, concepto que nos permite afirmar que el capital es un peligro, porque es capital: instrumento de explotación, de vasallaje, de corrupción. Ahora, se nos preguntará porqué hemos traído de los pelos el libro de Ford: contestaremos. Porque Ford, afirma que la fuerza de los judíos estriba en la repugnante venalidad de los no-judíos.

Ford dice judíos y no-judíos. A nosotros no nos interesa su definición. La intención del famoso industrial es pulverizar esa extraordinaria raza. La nuestra es constatar un hecho: y donde Ford dice judío, nosotros diremos capitalista y donde no-judío, no-capitalista. Ford, en su apasionado alegato, cita una serie de casos de soborno de altos dignatarios en distintas grandes potencias y de tales hechos deduce la razón de su tesitura...

A nuestro entender Ford demuestra que el capital es corruptor. Basta que caiga en manos poco escrupulosas. Para algo es una fuerza ciega, que ejerce su acción por su propio peso. El escándalo de los armamentos que se ventila actualmente en el Senado yanqui, es una prueba irrefutable de ello. Hay detalles que asquean...

[...]

Buscar el culpable, es absoluto. El culpable está en todos. Porque todos aceptamos el capital, como elemento de liberación. Ahí radica la gran inmoralidad. Vivimos una hora de decadencia. Esos mismos síntomas de corrupción, no son otra cosa que los fenómenos palpables de la decadencia. Su majestad la coima, que parece ser la única gran razón de las grandes y locas aventuras de la época, no posee otro origen que aquél. Para destronarla habrá que destronar un régimen.

Y somos optimistas. El mundo ha entrevisto el camino de su salvación por ahí: por la eliminación del capital todopoderoso. Mussolini, en su Italia fascista, lo ha emprendido resueltamente. El capital dirigido, el capital controlado. El capital dedicado a satisfacer una necesidad colectiva y no una ambición personal. El capital dedicado al bien común, al bienestar de todos, no al engrandecimiento de uno...

Las coimas, el soborno, la venalidad, son efectos. No debemos asombrarnos, ni indignarnos. La repudiable es la causa y la causa, con un poquito de valor, por parte de unos y un poco menos de egoísmo por parte de otros, es fácil destruirla. Y en último caso, un poco de valor basta. Mussolini es un ejemplo vivo